

que las puertas de la legalidad se me cerraban, nada tenía que hacer allí; aquellas entrevistas nocturnas debían terminar, por sospechosas, por comprometedoras y, lo diré claro, por indecentes. Si hasta entonces había transigido con la media luz y la media noche y el medio ambiente aquel de peligroso romanticismo, era porque, como antorcha entre las tinieblas, llevaba yo bien alta mi idea cristiana; pero desde que de un soplo la apagó Delfina, sentí como si la moral me empujara por los hombros, y á tientas busqué la salida. Creo que no me despedí de ella.

A esto siguió una temporada atroz. Mi abatimiento era el resultado del hechizo de aquella mujer fatal. No pretendo negarlo, ni engañarme: su influencia en mi vida, lo mismo de lejos que de cerca, ha sido decisiva y siniestra. Sor Angélica muchas veces me tiene dicho, remedando, sin saberlo, á mi tía Sandalia:

— Pero ¡Sr. D. Juan de Dios!, ¡si el culpable en la tragicomedia de esa señora Delfina es usted! ¿Acaso no vió usted que era una mala persona? ¿No la conoció usted, de niña, fría, egoísta, ambiciosilla y cruel? ¿No la encontró usted después, al cabo de Dios te salve, con síntomas, que saltaban á la vista y á las narices, de una corrupción á que no era ajena su familia? ¡Y usted sin percatarse en lo más mínimo! ¡A quién se le ocurrió á usted ir á ofrecer sus sentimientos cristianos! Margaritas á cerdos, Sr. D. Juan de Dios. ¿Pretenderá usted sostener que no hay doncellas honestas, dignas de un amor puro y elevado como el que usted

ha andado mostrando sin encontrar quien se lo tomara?

Sí las hay. Digo que sí las hay. Pero que recuerde Sor Angélica que, si su propia historia no miente, á ella la acaeció también poner su pensamiento en persona indigna, y vuelta de su error no quiso ya más tratos amorosos, como si no hubiera hombres honrados en el mundo. Por esto respondo yo á Sor Angélica y á cuantos me motejan por ciego ó por bobo, que es preciso saber bien cómo queda un corazón que estrujó el desengaño, seca esponja que sólo la hiel de las lágrimas humedece...

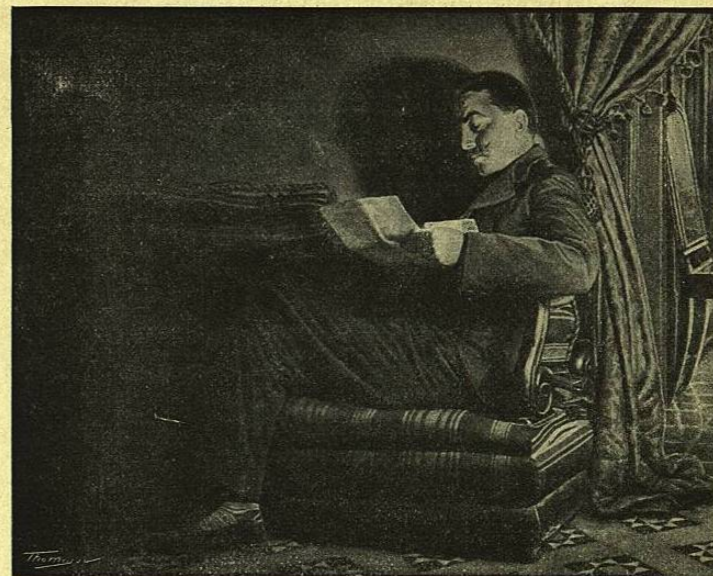
Quiere decir todo esto que la sombra de Delfina obscureció mi vida y fué para mí como cuentan los viajeros que es la del manzanillo. Después del mal éxito de mi segunda tentativa, me confiné en Belgrano, decidido á no ir más por el mundo. Si no tuviera al nuevo Arturo en mantillas, acaso, ya definitivamente convencido de que la felicidad no se había hecho para mí, porque no sabía encontrarla, ó porque la buscaba donde no existía, me meto á fraile y canto misa en menos que un gallo, siguiendo los infantiles consejos de mi prima Paula y mis arrechuchos devotos, no tan intensos y con la trascendencia que yo deseaba por flaqueza mía y desequilibrio de cualidades que ya he hecho notar y que me han tenido siempre en el aire, como muñeco que cuelga de una cuerda.

En esto, y cuando ya iba vencido un mes sin que acudiera yo á casa de Delfina, recibí un billetito suyo

que decía: «Lo he pensado mejor. Venga usted á la hora de costumbre.» El poder de estas palabras en mi débil voluntad fué tan grande, que no como ruego amoroso, sino como imperativo mandato las tomé y me dispuse á acatarlo. Con obcecación realmente inexcusable, puesto que había rebasado los cuarenta y por lo tanto no era un chiquillo á quien se engaña fácilmente, volvía á desafiar el peligro: ¿por qué?, ¿por pasión invencible?, ¿por amor propio?, ¿por desesperado aburrimiento?, ¿por la sed de cariño femenino que me ha afligido toda la vida? Porque (debo confesarlo, con repugnancia) *yo veía* á Delfina tal cual era, tal como la había puesto la detestada compañía de su mal marido, y esto *lo veía* con los ojos muy abiertos, como un hoyo en medio del camino y hacia el cual, sin embargo, dirigiera los pasos seguro de caer en él. Cierto es que al desorden de Delfina no atribuía yo mayor alcance que el de sus cuentas enredadas, sus hábitos de lujo y su coquetería extremosa, sin que de su conducta pudiera tacharse una tilde, y con esto me declaro el más pánfilo de los hombres y señalo el peligro peor de mis perfecciones, que es el no pensar mal de los otros; y me parecía que de estos ligeros defectos se curaría á mi lado y que entre mis manos su triste alma extraviada soltaría toda la escoria con que las sucias de Maltán la mancharon. No sé explicar mejor aquella aberración mía, y á falta de claridad valga lo ingenuo y lo sincero de cuanto escribo.

Volví, pues, convencido de que no debía volver, y

aunque con la voluntad de no hacerlo, peligrosamente inclinado á caer en la trampa visible que aquella sirena me tenía armada, como ella quisiera y á poco tra-



... recibí un billetito suyo que decía...

bajo que se diese. ¡Ay, Dios! ¿Cómo referir los extraños sucesos de aquella noche?, ¿con qué sosiego podré ordenar mis recuerdos, si al punto de fijar en ellos mi pensamiento empiezo á temblar y confusa neblina me ciega y desorienta?

A ver si puedo salir de mi empeño. Eran las diez y estaba la puerta entornada, de modo que no necesitaba yo llamar y alborotar al perro sujeto siempre junto al aljibe y conocido mío ya de algún tiempo; el patio era tan grande y frondoso, que el reverbero no basta-

ba á alumbrarlo, y esta vez el viento ó la malicia (que á la fecha aún no ha sido averiguado) lo habían apagado y mantenían en la obscuridad más temerosa, dentro de la cual la emoción y el recelo propio de quien va guiado sólo de sus manos me llevaron con inciertos pasos y sensibles trompicones hasta la rajita de luz azulada que brillaba á la derecha y debía ser la estancia donde me aguardaba Delfina. No ladró el perro, y es que no estaba ó me conoció por el olfato; llegué, como digo, á aquel faro, y el llegar no era cosa tan fácil, que tenía el patio más tinajas y vasijas que una tienda de cacharrero, y medianamente disgustado de entrar así donde tan honrados propósitos traía, ladrón ó amante que encubre el delito, me detuve al oprimir el picaporte, con deseo más de retroceder que de avanzar. ¡Singular influjo que, á pesar de todo, me empujaba! La puerta se abrió sola y me encontré delante de Delfina...

Idéntica la preparación del escenario, la actitud de la hermosa era la misma, en el sofá, lejos del radio que abrazaba la lámpara en agonía bajo la pantalla de seda verde. Me sonrió, me tendió la mano, me llamó ingrato:

— ¡Cómo se hace usted desear, Riquez! ¿Así se abandona á los amigos? Venga usted, acérquese, siéntese.

Me acerqué y me senté. No sabía qué decirle, porque, en realidad, todo se lo tenía dicho, y á ella tocaba ahora explicarme su llamamiento y el cambio que lo produjo; pero no me explicó nada y todo se volvía

quejarse del abandono en que se encontraba, de su soledad, de su situación desvalida.

— ¡Y usted lo sabe, Riquez, y deja correr los meses sin venir!, ¡yo que fiaba tanto en su amistad!, ¡siempre tan puntilloso, tan difícil!

— Delfina — contesté yo, — si algo más de lo que he hecho y ofrecido hacer por usted está en mi mano, ordéneme usted, que yo obedezco.

— ¿Lo dice usted de veras, Riquez? ¡Cuidado con empeñar en vano la palabra!

Hizo un movimiento de coquetería con el brazo y el broche del cuello de la bata se desprendió mostrándome algo que no sé si era raso, terciopelo ó rosas entre nieve. Yo volví la cara avergonzado, y ella trataba de ensartar el broche rebelde sin conseguirlo. ¡Ay! Estoy por creer que no lo conseguía á posta y que era ella, y no el broche, quien se rebelaba contra la honestidad. Me miró, como pidiéndome ayuda, y me desentendí de lo que sin agravio para ella no debía comprender, preguntándola, con ánimo de enderezar la conversación por el camino de mis intenciones, si llegó la deseada respuesta de Melbourne y si lo que *pensó mejor* se relacionaba, según tenía derecho á creerlo, con la propuesta mía.

— Eso vamos á discutirlo ahora — dijo ella; — antes déme usted un alfiler, ¿no ve cómo estoy?, ¡lo ve y se queda tan fresco!

Busqué en mi solapa el alfiler que nunca me falta y se lo alargué; para esto hube de levantarme y acercar-

me al sofá, tanto que pude averiguar, sin necesidad de lentes, la verdadera naturaleza de lo que el broche rebelde se empeñaba en descubrir, y por segunda vez volví la cara... Entonces, en el propio momento, la cortina del fondo se agitó y dió paso á una sombra del otro mundo...

Del otro mundo debía ser, porque era el mismo Maltán de Pablos quien apareció ante mi vista, con tal espanto mío que aún hoy me estremezco al recordarlo; un Maltán más viejo del que yo conocí, pero vivo, real, que avanzaba hacia mí con la boca de sapo distendida por una sonrisa perversa y cruel... Yo no me moví de donde estaba, dudando aún que fuera verdad la resurrección de aquel á quien por bien muerto y enterrado tenía hacia tiempo, y lo que mayor extrañeza me causó fué la tranquila actitud de Delfina, que no debía ver nada porque continuaba en su porfía con el broche y el alfiler, sin darse cuenta de la horrible aparición. Luego era visible sólo para mí, y si visible era sólo para mí, el Maltán presente no era vivo ni real, era un fantasma, caprichosa alucinación de mis sentidos, ó su ánima pecadora que del purgatorio salía en demanda de una oración.

Anima ó persona, el Maltán que yo veía avanzar llegó hasta mí, me tocó en el brazo y con la misma voz del payaso de otros tiempos me dijo:

— ¿Me conoces, Riquez? Soy Maltán, Maltancito, Ricardo Maltán de Pablos. ¿Te acuerdas del lance aquel en el patio de Tejera? Pues vengo á darte el

vuelto, que ya me he hecho esperar bastante. Culpa de la demora á ti mismo, que te las has compuesto de modo que no te he tropezado más en mi camino. A pagar tocan, Sr. D. Perfecto. ¡A solas con mi mujer, á estas horas y en mi casa!

— Pagado serás, Maltán — contesté yo articulando apenas las palabras sin atreverme á mirar al fantasma; — déjame, vete en paz, que yo te prometo mandarte decir todas las misas que te hagan falta.

— Hi, hi — replicó el condenado riendo, — ¿misitas á mí?; esas te las diré yo en seguida como no me expliques qué haces aquí y á lo que vienes.

Se acercó más y sentí en mi cara una ráfaga caliente, que ó era su aliento vital ó aire del infierno de donde venía. Yo retrocedí, porque tocarle no quería de miedo que se deshiciera en polvo entre mis dedos. Avanzando él y retrocediendo yo, dí con mi espalda en la pared y él con mi pecho, sobre el cual apoyó sus dos manos, que para ser de fantasma pesaban demasiado.

— ¿Qué haces aquí?, ¿qué buscas? — repitió envalentonándose; — contesta, falso Perfecto, acabadísimo farfante. ¿Sabes que puedo entregarte á la justicia, por violador de domicilio, por cómplice de adulterio? ¿Sabes que tu nombre y tu reputación y tu persona dependen ahora de mí, en esta trampa en que has caído?

— Maltán, perdóname — dije perdiendo ya la noción de cuanto me pasaba, — perdóname el agravio que te hice y éste que crees que te hago aquí con mi presencia,

la que no vale explicarte, porque tu mujer sabrá hacerlo mejor que yo. Para alcanzar este tu perdón, ¿qué me impones?, habla, que yo me resigno á tus órdenes.

— Acabas de ofrecerme unas misas — respondió él; — pues para estas misas necesito yo veinticinco mil pesos, ni un real menos. Entrégamelos y te suelto.

— No los tengo aquí, pero te doy palabra de enviártelos. Palabra de honor.

— Palabra de honor. Está dicho. ¿No traes nada en tu cartera?

— Sólo traigo quinientos.

— Vengan.

Apartó de mi pecho las manos para darme lugar á la acción que de manera tan perentoria exigía y yo le entregué el billete. Creí que no podría cogerle, pero fantasma y todo se apoderó de él con listeza, y á recu- lones, midiendo bien el terreno, sin ruido fué hasta la cortina del fondo, la levantó, y desapareciendo por ella, me envió con su enorme boca de sapo una sonrisa y esta amenaza:

— ¡Palabra de honor!

Brevísima esta escena, me pareció que había dura- do un siglo. Sudaba á chorros. Me volví á Delfina y no la encontré, no estaba ya en la habitación, había salido con el misterio con que su marido había entra- do, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por dónde? La luz se extinguía bajo la pantalla verde de la lámpara. Me entró un ter- ror infantil, que me hacía temblar los dedos palpando el picaporte salvador: con una vuelta bastaba para

abrirlo y le dí dos ó varias, muchas vueltas, encerrán- dome á mí mismo en aquel antro del que quería huir á todo trance. No sé cómo, al fin, me vi en el patio, y derribando macetas por aquí y por allá, como embravecido toro salí al portal y á la calle.

En la acera me descubrí, para que el aire refrescara mi cabeza abrasada, y miré á las estrellas... ¿Soñaba?, ¿estaba yo loco? El portalón de la casa siniestra había quedado abier- to y lo cerré de un golpe, que en el silencio resonó como un estampido. Me dirigí á la es- quina en que creía haber de- jado el birlocho que me traía



... que me hacía temblar los dedos palpando el picaporte

de Belgrano, el cual no paraba á la puerta por mayor reserva y prudencia, y no dí con él, ni diera en toda la noche, porque, desorientado y confuso, me equivo- qué de dirección y en las callejas de la parte del río, que si ahora pocos tratos tienen con la higiene, enton- ces no la conocían ni de vista, me perdí y entregué á todos los diablos.

Digo esto sin metáfora, pues mientras buscaba, con- trariadísimo, lo que no había de hallar, tropecé con aquel Angelón ya mentado, demonio que á tales ho- ras y en tales sitios no andaba seguramente á nada bueno. Era muy llanote este Angelón y muy simpáti-